



# Una sombra de sí mismos



FOTO: ROBERT FISK/TOMADA DEL LIBRO: LA GRAN GUERRA POR LA CIVILIZACIÓN (DESTINO, 2007)

Robert Fisk, corresponsal de *The Independent*, es el único periodista occidental que se ha entrevistado con Osama bin Laden. Y no fue en una, sino en varias ocasiones. La primera sucedió de manera casi accidental en Sudán, en donde el saudita de origen yemení vivía como “constructor” junto a sus cuatro esposas, en un exilio amargo después de su expulsión de Arabia Saudita; la última, en las montañas de Afganistán, en el punto estratégico desde donde él y sus “guerreros santos” (muyahidín) habían derrotado a los soviéticos después de 10 años de guerra, entre 1979 y 1989. Osama ya preparaba los ataques del 11 de septiembre de 2001. Vivía escondido, con extremas medidas de seguridad. Era un hombre profundamente reflexivo, reposado, con una chispa de inteligencia en la mirada que, confiesa el periodista, asusta. ¶ Con 30 años dedicados a cubrir las guerras en Oriente Medio o Próximo, Fisk es uno de los monstruos del periodismo occidental contemporáneo, y quizás un cruzado de los que cada día quedan menos. Este 2007 ha lanzado, por fin, un esperado libro que conjunta muchas de sus andanzas. Se trata de *La gran guerra por la civilización* (Destino, 2007), una crónica escrita en primera persona, un documento histórico que nos lleva de Líbano a Egipto, de Afganistán a Irak pasando por Israel y Palestina, por Irán, Arabia Saudita y Pakistán, entre balas y misiles, llanto y miseria; entre campos de exilio, dictadores y pueblos aplastados. ¶ Con autorización de la editorial, **Día Siete** lleva a Ustedes en exclusiva un tramo de este libro de más de 1,500 páginas en el que Robert Fisk detalla su último encuentro con el hombre más buscado del planeta. Es el día en que Osama trata de convertir a Fisk a su causa, citándole: “Uno de nuestros hermanos ha tenido un sueño. Ha soñado que venía hasta nosotros montado en un caballo, que llevaba barba y era una persona espiritual...” Es el día en el que el jeque le avisa que Septiembre 11 está cerca. “Desde esta montaña en la que Usted está sentado, destrozamos al ejército soviético y acabamos con la Unión Soviética. Y le ruego a Dios que nos permita convertir a los Estados Unidos en una sombra de sí mismos...”. **TEXTO: ROBERT FISK**

Los talibanes habían conseguido derrotar en todo el país salvo en la remota zona nororiental a 12 de las 15 milicias de corruptos muyahidines afganos y habían impuesto a los habitantes su descarnada legitimidad. Se trataba de un credo suní wahabí purista cuya interpretación de la *sharia* recordaba a los prelados protocristianos más severos. Las cabezas y las manos cortadas, así como una perspectiva del todo misógina, se vinculaban fácilmente a la hostilidad de los talibanes ante cualquier forma de diversión. El hotel Spinghar solía presumir de un viejo televisor estadounidense que en ese momento estaba oculto en un cobertizo del jardín por temor a la destrucción. Los televisores, como las cintas de video y los ladrones solían acabar colgando de los árboles. “¿Qué espera? –me preguntó el jardinero cerca de las ruinas del viejo palacio de invierno de Jalalabad–. Los talibanes vienen de los campos de refugiados. Nos dan lo que tenían”. Y entonces caí en la cuenta de que las nuevas leyes de Afganistán –tan anacrónicas y brutales para nosotros y para los afganos cultos– no eran tanto un intento de renacimiento religioso como una continuación de la vida en los inmensos y sucios campamentos donde se habían congregado tantos millones de afganos en las fronteras de su país tras la invasión soviética 16 años atrás.

Los pistoleros talibanes habían crecido como refugiados en esos

insalubres campamentos de Pakistán. Habían pasado los 16 primeros años de vida en la más absoluta miseria, privados de cualquier educación y entretenimiento, imponiéndose sus mortíferos castigos, manteniendo ciegamente sometidas a madres y hermanas mientras los hombres decidían sobre cómo luchar contra los opresores extranjeros al otro lado de la frontera, teniendo como única diversión una lectura detallada y obsesiva del Corán, la única senda verdadera en un mundo en el que no cabía contemplar ninguna otra. Los talibanes no habían llegado para reconstruir un país que no recordaban, sino para reconstruir sus campos de refugiados a una escala mayor. Por eso no tenía que haber una educación. Ni televisión. Las mujeres tenían que quedarse en casa, como se habían quedado en las tiendas en Peshawar.

### Un sueño

Hubo un súbito chirrido de voces en el exterior, fino y apremiante, como la banda sonora de una película antigua. A continuación, la puerta de la tienda se alzó y entró Bin Laden, ataviado con un turbante y una túnica verde. Me levanté, medio inclinado bajo la lona, y nos estrechamos la mano, obligados ambos por la tela que nos tocaba la cabeza a saludarnos como pachás otomanos, nos inclinamos y nos miramos a la cara. De nuevo, parecía cansado, y me di cuenta de que

exhibía una ligera cojera al entrar en la tienda. Tenía la barba más canosa y la cara más delgada de lo que recordaba. Sin embargo, estaba muy sonriente, casi jovial; colocó el fusil que llevaba en el colchón a su izquierda e insistió en que su invitado tomara más té. Durante varios segundos miró al suelo. Luego me miró con una sonrisa aún más grande, caritativa y, pensé de pronto, muy inquietante.

“Señor Robert –empezó, y miró a los otros hombres con guerreras de campaña y blandas gorras marrones que se apiñaban en la tienda–. Señor Robert, uno de nuestros hermanos ha tenido un sueño. Ha soñado que venía un día hasta nosotros montado en un caballo, que llevaba barba y era una persona espiritual. Llevaba una túnica como nosotros. Eso significa que es un verdadero musulmán”.

Aquello fue aterrador. Fue uno de los momentos más espantosos de mi vida. Comprendí una décima de segundo antes de cada palabra lo que quería decir Bin Laden. Sueño. Caballo. Barba. Túnica. Musulmán. ▶

**1. Oculto en cuevas y campamentos en las montañas, Bin Laden aprovecha la tecnología para enviar sus mensajes.**

**2. Después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, Bin Laden se convirtió en el más buscado del mundo.**



► Los demás hombres asentían con la cabeza y me miraban, algunos sonriendo, otros contemplando en silencio al inglés que había aparecido en el sueño del "hermano". Estaba horrorizado. Era al mismo tiempo una trampa y una invitación, y el momento más peligroso para estar entre los hombres más peligrosos del mundo. No podía rechazar el "sueño", no sin insinuar que Bin Laden mentía. Sin embargo, tampoco podía aceptar su significado sin mentir yo mismo, sin insinuar que lo que claramente se refería a mí –que debía aceptar ese "sueño" como profecía y como orden divina– podía llegar a cumplirse. Que ese hombre –esos hombres– confiaran en mí, un extranjero, que pensarán que me acercaba a ellos sin prejuicios –de modo que me consideraran honesto– era una cosa. Ahora bien, imaginar que me uniría a ellos en su lucha, que me convertiría en uno de ellos, era algo del todo imposible. El aquellare esperaba una respuesta.

¿No estaría imaginando todo eso? ¿No podía ser sólo una forma elaborada y retórica de expresar respeto tradicional hacia un visitante? ¿No era sólo un intento por parte de un musulmán –muchos occidentales en Oriente Próximo han tenido una experiencia similar– de ganar un adeptado a la fe? ¿Intentaba Bin Laden –seamos sinceros– reclutarme? Me temía que sí. Y enseguida comprendí lo que eso podía significar. Un hombre occidental, un hombre blanco de Inglaterra, periodista en un diario respetable –no un británico de origen árabe o asiático convertido al islam– sería toda una adquisición. Podría moverse sin levantar sospechas, podría convertirse en funcionario público, alistarse al ejército, incluso –como consideraría sólo cuatro años más tarde– aprender a pilotar un avión. Tenía que salir de ahí a toda prisa, e intenté encontrar una vía de escape intelectual, intentando excavarla con tanto ahínco que me ardía el cerebro.

## “Sin embargo, ese hombre parecía divorciado del mundo exterior. ¿No tenía una radio? ¿Una televisión?”

“Jeque Osama –empecé a decir, antes incluso de haber decidido mis siguientes palabras–. Jeque Osama, yo no soy musulmán”. Hubo un silencio en la tienda. “Soy periodista”. Eso no lo podía rebatir nadie. “Y el trabajo del periodista es contar la verdad”. Eso nadie quería discutirlo. “Y ese es mi propósito en la vida, contar la verdad”. Bin Laden me miraba como un halcón. Y comprendió. Declinaba la oferta. Ante sus hombres, le tocaba a él retirarse, envolver su retirada con elegancia. “Si cuenta la verdad, eso significa que es un buen musulmán”, dijo. Los hombres vestidos con guerreras de campaña asintieron todos ante esa muestra de sagacidad. Estaba salvado. Como se dice, “volví a respirar”. No había trato.

Quizá fue por la necesidad de abreviar el episodio, de ocultar su incomodidad ante ese pequeño fracaso que Bin Laden se fijó súbita y melodramáticamente en la cartera escolar que estaba junto a mi cámara y los periódicos libaneses visibles en parte en su interior. Los tomó. Tenía que leerlos. Y frente a todos nosotros, se arrastró con los periódicos en la mano hasta el rincón en

que silbaba la lámpara de queroseno. Y, ahí, durante media hora, haciendo caso omiso de todos nosotros, repasó la prensa árabe, a veces pidiendo al egipcio que leyera un artículo, otras mostrando un diario a uno de los hombres armados. ¿Me encontraba, empecé a preguntarme, en el centro del “terror mundial”? Escuchando al portavoz del Departamento de Estado estadounidense, leyendo los editoriales del *New York Times* o el *Washington Post*, se me podría perdonar creer que Bin Laden dirigía su “red de terror” desde un búnker de ultimísima tecnología con ordenadores y planos de batalla digitalizados desde donde accionaba un interruptor para ordenar a sus seguidores que atacaran el siguiente objetivo. Sin embargo,

ese hombre parecía divorciado del mundo exterior. ¿No tenía una radio? ¿Una televisión? Es que ni siquiera sabía –me lo dijo él mismo tras leer los periódicos– que el ministro de Asuntos Exteriores de Irán, Alí Akbar Velayati, había visitado Arabia Saudí, su país, por primera vez en más de tres años.

### Guerra por fax

Cuando volvió a su lucha más importante –contra los Estados Unidos–, Bin Laden pareció poseído. Al hablar de ella, sus seguidores en la tienda atendían a cada palabra suya como si fuera un mesías. Había enviado, dijo, faxes al rey Fahd y a los principales departamentos del gobierno saudí informándoles de su determinación de continuar con una lucha santa contra los Estados Unidos. Afirmó incluso que algunos miembros de la familia real saudí lo apoyaban, como también algunos funcionarios de los servicios de seguridad, una afirmación que según descubrí más tarde era

cierta. Sin embargo, declarar la guerra por fax era una innovación y había una excentricidad en la perspectiva que tenía Bin Laden de la política estadounidense. En un momento, afirmó con toda seriedad que una subida de impuestos en Estados Unidos empujaría a muchos estados a separarse de la Unión, una idea que quizá podía atraer a algunos gobernadores estatales, aunque no pertenecía al mundo de la realidad.

“Creemos que nuestra lucha contra los Estados Unidos será mucho más sencilla que la librada contra la Unión Soviética –dijo Bin Laden–. Le diré por primera vez una cosa. Algunos de nuestros muyahidines que combatieron en Afganistán participaron en operaciones contra los estadounidenses en Somalia y quedaron sorprendidos por el derrumbe de la moral militar estadounidense. Vemos a los Estados Unidos como un tigre de papel”.

### LA GRAN GUERRA POR LA CIVILIZACIÓN.

*La conquista de Oriente Próximo.*  
Robert Fisk.  
Editorial Destino.  
España, 2007, 1,510 p.



**3. El periodista Robert Fisk es un maestro del periodismo occidental contemporáneo.**

**4. Osama revisa un mapa de Afganistán, en un refugio clandestino.**

**5. Un grupo de talibanes protesta contra Estados Unidos. El odio al gobierno de Bush se ha extendido en el mundo musulmán.**

